

El traductor en el laberinto de la lengua

Paul Ricoeur falleció hace pocos días. El filósofo francés dejó una obra frondosa e interesante surgida de una búsqueda existencialista hacia la problemática del compromiso. Aquí presentamos un extracto de su último libro publicado en la Argentina "Sobre la traducción" (Paidós 2005) donde aborda problemáticas surgidas del texto traducido.

Dos vías de acceso se ofrecen al problema planteado por el acto de traducir: o bien tomar el término "traducción" en su sentido estricto de transferencia de un mensaje verbal de una lengua a otra, o bien tomarlo en sentido amplio, como sinónimo de interpretación de todo conjunto significativo dentro de la misma comunidad lingüística.

Los dos enfoques tienen su derecho: el primero, elegido por Antoine Berman en *La Prueba de lo ajeno*, tiene en cuenta el hecho evidente de la pluralidad y la diversidad de las lenguas; el segundo, seguido por George Steiner en *Después de Babel*, se dirige directamente al fenómeno general que el autor resume de la siguiente manera: "Comprender es traducir". He elegido partir del primero, que pone en primer plano la relación de lo propio con lo extranjero, y así llegar al segundo con la guía de dificultades y paradojas suscitadas por la traducción de una lengua a otra.

Partamos, pues, de la pluralidad y la diversidad de las lenguas, y señalemos un primer hecho: es porque los hombres hablan lenguas diferentes que la traducción existe. Este hecho es el de la "diversidad de las lenguas" para retomar el título de Wilhelm von Humboldt. Ahora bien, este hecho es al mismo tiempo un enigma: ¿por qué no una sola lengua? Y, sobre todo, ¿por qué tantas lenguas, cinco o seis mil, según los etnólogos? Todo criterio darwiniano de utilidad y de adaptación en la lucha por la supervivencia es burlado; esa multiplicidad innumerable es no sólo inútil, sino también perjudicial. En efec-

to, si el intercambio intracomunitario está asegurado por la potencia de integración de cada lengua tomada por separado, el intercambio con el afuera de la comunidad lingüística, en última instancia, se convierte en impracticable por lo que Steiner llama "una prodigalidad nefasta". Pero lo que entraña un enigma no es solamente el entorpecimiento de la comunicación, que el mito de Babel llama "dispersión" en el plano geográfico y "confusión" en el plano de la comunicación; es también el contraste con otros rasgos que también afectan el lenguaje. En primer lugar, el hecho notable de la universalidad del lenguaje: "Todos los hombres hablan"; ése es un criterio de humanidad, junto con la herramienta, la institución, la sepultura. Por lenguaje entendemos el uso de signos que no son cosas, sino que valen por cosas —el intercambio de los signos en la interlocución—, el rol central de una lengua común en el plano de la identificación comunitaria; se trata de una competencia universal desmentida por sus desempeños locales, una capacidad universal desmentida por su realización fragmentada, diseminada, dispersa. De allí, las especulaciones en el plano del mito primero, luego en el de la filosofía del lenguaje, cuando ésta se interroga sobre el origen de la dispersión-confusión. Al respecto, el mito de Babel, demasiado breve y confuso en su instancia literaria, hace soñar hacia atrás, en dirección de una presunta lengua paradisíaca perdida, y no funciona como guía para conducirse en ese laberinto. La dispersión-confusión es entonces percibida como una catástrofe lingüística irremediable.

Pero antes quiero decir que no hay un segundo hecho que no debe enmascarar el primero, el de la diversidad de las lenguas; el hecho también notable de que siempre se ha traducido. Antes de los intérpretes profesionales, hubo viajeros, mercaderes, embajadores, espías, ¡muchos bilingües y políglotas! Se trata de una realidad tan notable como la deplorada incomunicación: el hecho mismo de la traducción, que presupone en todo locutor la aptitud para aprender y practicar otras lenguas además de la propia. Esta capacidad parece solidaria de otros rasgos más disimulados, relativos a la práctica del lenguaje, rasgos que finalmente nos acercarán a los procedimientos de traducción intralingüística; éstos son, para decirlo anticipadamente, la capacidad reflexiva del lenguaje y esa posibilidad siempre disponible de hablar sobre el lenguaje, de ponerlos a distancia, y tratar así nuestra propia lengua como una lengua entre otras. Reservo para más tarde este análisis de la reflexividad del lenguaje y me concentro en el simple hecho de la traducción. Los hombres hablan diferentes lenguas, pero pueden aprender otras, diferentes de su lengua materna.

Esta simple constatación ha suscitado una inmensa especulación que se ha dejado encerrar en una alternativa ruinosa de la que es necesario liberarse. Esa alternativa paralizante es la siguiente: o bien la diversidad de las lenguas expresa una heterogeneidad radical —y entonces la traducción es teóricamente imposible, pues las lenguas son a priori intraducibles

entre sí–, o bien la traducción se explica mediante un fondo común que vuelve posible el hecho de la traducción. Pero entonces uno debe poder o bien reencontrar ese fondo común, y seguir la pista de la lengua originaria, o bien reconstruirlo lógicamente, y seguir la pista de la lengua universal. Originaria o universal, esa lengua absoluta debe poder ser mostrada, en sus tablas fonológicas, léxicas, sintácticas, retóricas. Repito la alternativa teórica: o bien la diversidad de las lenguas es radical, y entonces la traducción es directamente imposible, o bien la traducción es un hecho, y hay que establecer su posibilidad de derecho mediante una indagación sobre el origen o mediante una reconstrucción de las condiciones a priori del hecho constatado.

Sugiero que hay que salir de esta alternativa teórica, traducible versus intraducible, y reemplazarla por otra alternativa, práctica esta vez, salida del ejercicio mismo de la traducción: la alternativa fidelidad versus traición, a riesgo de confesar que la práctica de la traducción sigue siendo una operación peligrosa, siempre en busca de su teoría. Veremos finalmente que las dificultades de la traducción intralingüística confirman esta confesión embarazosa. Participé recientemente en un coloquio internacional sobre la interpretación y escuché la exposición del filósofo analítico Donald Davidson, titulada "Teóricamente difícil (hard) y prácticamente fácil (easy)."

Ésta es también mi tesis cuando se trata de la traducción en sus dos vertientes, extra e intralingüística: teóricamente incomprensible pero efectivamente practicable, al precio de lo que llamaremos la alternativa práctica fidelidad versus traición.

Antes de internarme en la vía de esta dialéctica práctica, fidelidad versus traición, quisiera exponer sucintamente las razones del callejón sin salida especulativo donde lo intraducible y lo traducible se chocan.

La tesis de lo intraducible es la conclusión obligada de cierta etnolingüística que se aplicó a subrayar el carácter no superponible de los diferentes recortes de los que dependen los múltiples sistemas lingüísticos: recorte fonético y articulatorio como base de los sistemas fonológicos (vocales, consonantes, etcétera); recorte conceptual que rige los sistemas léxicos (diccionarios, enciclopedias, etcétera); recorte sintáctico como base de las diversas gramáticas. Los ejemplos abundan: si decimos *bois* en francés, reunimos el material leñoso y la idea de un pequeño bosque; pero en otra lengua, estas dos significaciones se encuentran separadas o agrupadas en dos sistemas semánticos diferentes. En el plano gramatical, es fácil ver que los sistemas de tiempos verbales (presente, pasado y futuro) difieren de una lengua a otra; tenemos lenguas en las que no se marca la posición en el tiempo, sino el carácter perfectivo o no perfectivo de la acción; y tenemos lenguas sin tiempos verbales, donde la posición en el tiempo está marcada solamente por adverbios que equivalen a "ayer", "mañana", etcétera. Si agregamos la idea de que cada recorte lingüístico impone una visión de mundo –idea en mi opinión insostenible–, diciendo, por ejemplo, que los griegos construyeron ontologías porque tienen un verbo "ser" que funciona a la vez como cópula y como aserción de existencia, entonces el conjunto de las relaciones humanas de los hablantes de una lengua dada resulta ser no superponible al de aquellas por las cuales el hablante de otra lengua se comprende a sí mismo comprendiendo su relación con el mundo. Entonces es necesario concluir que la incompreensión es de derecho, que la traducción es teóricamente imposible y que los individuos bilingües no pueden sino ser esquizofrénicos.

Entonces, somos lanzados a la otra orilla: puesto que la traducción existe, es necesario que sea posible. Y si es posible es porque, bajo la diversidad de las lenguas, existen estructuras ocultas que, o bien llevan la huella de una lengua originaria perdida que es

preciso reencontrar, o bien consisten en códigos a priori, en estructuras universales o, como suele decirse, trascendentales, que podríamos reconstruir. La primera versión –la de la lengua originaria– fue profesada por diversas gnosis, por la Cábala, por los hermetismos de todo tipo, hasta producir algunos frutos venenosos, como la defensa de una pretendida lengua aria, declarada históricamente fecunda, y que se opone al hebreo, considerado estéril., Olander, en su libro *Las lenguas del paraíso* cuyo inquietante subtítulo es "arios y semitas: una par providencial", denuncia en lo que él llama una "fábula erudita" el pérfido antisemitismo lingüístico. Pero, para ser equitativo, es preciso decir que la nostalgia de la lengua originaria ha producido también la potente meditación de un Walter Benjamín en *La tarea del traductor*, donde la "lengua perfecta", la "lengua pura" –son expresiones de Benjamín–, figura como horizonte mesiánico del acto de traducir, asegurando secretamente la convergencia de los idiomas cuando éstos son llevados a la cima de la creatividad poética.

(...) Aquí es donde las reflexiones por las cuales terminaremos en el trabajo de traducción dentro de una misma lengua natural serán útiles para sacar a la luz las infinitas complejidades de las lenguas, que hacen que haya que aprender el funcionamiento de una lengua, incluida la propia. Tal es el balance sumario de la batalla que opone el relativismo de campo, que debería concluir en la imposibilidad de la traducción, y el formalismo de gabinete, que fracasa en fundar el hecho de la traducción sobre una estructura universal demostrable.

Si, hay que confesarlo: de una lengua a otra, la situación es la de dispersión y confusión. Y, sin embargo, la traducción se inscribe en la larga letanía de los "a pesar de todo". A pesar de los fraticidas, militamos por la fraternidad universal. A pesar de la heterogeneidad de los idiomas, hay bilingües, políglotas, intérpretes y traductores.